

de la civilización, hoteles, casas, quintas, caminos, diligencias, fondas, boticas, bibliotecas, gabinetes de lectura, teatros, orquestas, pianos, cafés, neveras, hospitales, modistas, relojeros, escuelas, conventos, capillas, doctrinas nuevas, doctrinas viejas, órganos, campanas, ingenieros, poetas, gendarmes y Dios sabe qué más?

Y sin embargo, esta predicción hubiera anunciado la verdad. El día que el primer buque de vapor pasó por Royan, Royan fué revestido de una segunda naturaleza, como si le hubiera tocado la mágica varita de un hechicero. Hé aquí la historia de su metamorfosis.

### VIII.

Royan tenía varias grutas ó cuevas abiertas por las olas, que eran otras tantas salas de baños expuestas al Mediodía. La playa, compacta como el ámbar y ligeramente inclinada, absorbía el calor del sol; la marea se tendía sobre la arena caldeada, y durante el verano ofrecía un agua siempre agradable.

La campiña, á lo largo de la costa, sin tener pretensiones de hermosura, pasa por bastante bella. Levemente accidentada por colinas bajas

cubiertas de trigo, de avena, de viñas ó de robles, de molinos y matorrales, es como un sencillito idilio que tiene únicamente la virtud de la sinceridad y la honradez.

A pesar de todo, puede bastar para los habitantes de la ciudad, que no conocen la naturaleza sino de oídas. Allí encontrarán un verdadero rebaño de carneros que no están destinados al sacrificio, respirarán el rústico olor del tomillo, el romero y la sálvia, y escucharán, en fin, durante la noche, el suave murmullo del mar, como un poema voluptuoso derramado sobre el paisaje.

Con estas ventajas naturales de playas y paseos, un establecimiento de baños de mar hubiera prosperado muy pronto.

Pero Royan ocupaba, como hemos dicho, una roca perdida en el último límite de lo posible, y no había camino que pudiese llevar á él un carruaje. De tiempo en tiempo algún viajero intrépido iba desde Burdeos en una lancha, y hacia una rápida aparición en el pueblo: tomaba un baño para probar el agua, cazaba un par de codornices y se marchaba al día siguiente, maravillado de su descubrimiento geográfico.

Había descubierto á Royan, y al regresar refería que había encontrado buenas gentes y mejores langostas. Una vez extendido el secreto, Royan tuvo en Burdeos un principio de reputación: la

curiosidad, esa misteriosa providencia de las cosas, dominó los espíritus, y una, dos, tres, cuatro familias bajaron por el Gironda para reconocer el país y volvieron al año siguiente.

Un inglés millonario salió un día de Burdeos con su mujer para pasar á lo sumo una semana en Royan: el octavo día compró una casa con jardín sobre el acantilado, y no volvió á Inglaterra hasta veinte años despues. El país le debe agradecimiento: él plantó la primer magnolia que floreció en nuestro suelo.

La ola de la emigracion iba siempre creciendo, y en la época del ministerio Villele habia en Royan un centenar de bañistas. Un buque de vapor á media dotacion intentó el primer viaje para utilizar sus vacaciones, y la tentativa salió mal. El desdichado barco, vacío de pasajeros, tuvo que economizar combustible, y en vez de carbon empleó piñas secas para calentar la caldera. Despues de una lenta travesía, vino tristemente á tocar en la playa como el cadáver de una gigantesca ballena.

El segundo viaje tuvo mejor éxito, y el tercero aventajó al segundo. La poblacion, escalonada á lo largo del río, tomó insensiblemente la costumbre de ver pasar y repasar entre una nube de humo aquel correo de una nueva civilizacion, y el número de viajeros aumentó de año en año.

El primer buque, impotente, presentó su dimision, para ir á morir oscuramente, y cedió la plaza á otro paquebot más activo, recién salido del astillero. Este quemaba carbon en vez de leña, empleando generalmente seis horas en el viaje, y cuando la poblacion de Burdeos vió que solo una mañana la separaba de Royan, corrió al pueblo como á una partida de campo. Un capitalista royanés tuvo la idea de construir en la playa una docena de barracas de madera, y esto pasó por un establecimiento de baños.

Se podian tomar baños en Royan; y como una parte de las casas daban al mar, los bañistas salian de su habitacion en traje á propósito para meterse en el agua. En aquella época no se ponía en esto gran coquetería: llevaban sombreros de paja, túnicas de tela verde flotantes como dominós, y zapatos anchos, con cuyo disfraz estaban en disposicion de competir con los espantajos que ponen los labradores en los sembrados para alejar los pájaros.

Un fisonomista experimentado podia juzgar del carácter de las personas por su manera de entrar en el agua. Las madres cariñosas llevaban consigo sus hijos, desnudos como amorcillos: los pobres chicos, tiritando de frio y de miedo, lloraban y gritaban cada vez que una ola tocaba su cuerpo; pero su madre los arrastraba hácia el

bienhechor abismo con una ternura que tenia algo de ferocidad. Otras personas, más caritativas aún, querian extender el beneficio del baño á toda la familia, y tiraban de una cuerda atada al pescuezo de un perro recalcitrante, que, afirmado sobre las patas delanteras y con el rabo entre las piernas, más bien consentia en ser extrangulado allí mismo que verse sumergido en el pérfido elemento.

Las naturalezas simpáticas permanecian en la orilla del mar, y agrupadas tres ó cuatro bajo un paraguas, conversaban amigablemente. A su lado, las personas indolentes, tendidas boca abajo, se dejaban levantar voluptuosamente por la ola, que las dejaba luego sobre la arena templada por el calor del sol. Las naturalezas contemplativas, tendidas de espalda como tortugas vueltas, movian lentamente las manos y los piés, cual si trataran de dar expresion á sus perezosos ensueños, y en fin, los espíritus activos, sumergidos en el agua hasta la cintura, imprimian á su cuerpo un movimiento en sentido vertical, semejante al de una máquina de vapor ó al del mercurio en un barómetro.

Y sin embargo, la necesidad de estos placeres era lo que debia hacer de Royan una ciudad.

## IX.

La metamórfosis, como siempre, empezó por la piedra. Desde que la poblacion tuvo que alojar todos los años á una tribu errante de bañistas, trató naturalmente de crear alojamientos. Unos, pues, ensancharon sus casas; otros reconstruyeron las suyas.

La demolicion lo invadió todo, y las antiguas casuchas, condenadas á morir, resucitaron con el brillante aspecto de la piedra elegantemente esculpida. El vidrio sustituyó al cáñamo en las ventanas, la celosía sucedió á las maderas, y al fin la casa, completamente trasformada, conoció las persianas.

Las tres calles fueron empedradas con economicos adoquines puestos de distancia en distancia; pero aquello indicaba ya un proyecto de empedrado, un empedrado futuro. Sentado el principio, el porvenir debia sacar la consecuencia. Y decimos las tres calles, por más que el consejo municipal, por un sentimiento de patriotismo, supo extraer de ellas quince ó veinte, dividiéndolas hasta el infinito por medio de sábios cálculos.

A cada division y subdivision de calles dió un nombre inventado expofeso, y así obtuvo un número suficiente de barrios para afirmar que Royan era una ciudad de cuarta clase.

La ciudad existia, en efecto, faltando solo la última formalidad, la numeracion de los edificios. El municipio deliberó ámpliamente para resolver esta grave cuestion, y al fin decidió que cada casa tuviera un número encima de su puerta. Pero aquí empezaba la dificultad; el consejo no habia practicado jamás semejante operacion; ¿por dónde empezar?

Despues de haber debatido maduramente el problema, se empezó por un extremo de la ciudad para concluir por otro; pero como las poblaciones crecen siempre por la circunferencia, sucedió que todas las casas nuevamente construidas en el extremo por donde se habia empezado, quedaban fuera de la ley de los números. El municipio reconoció su error: deliberó nuevamente, y resolvió empezar la numeracion por el otro extremo; pero otra vez apareció la dificultad, aunque en sentido opuesto. La sábia corporacion, humillada por esta doble experiencia, tuvo que renunciar á comprender la paradoja, y fué preciso que un hombre de génio viniese expresamente de París para enseñarle que la numeracion debe dirigirse siempre del centro á la circunferencia.

Una vez reconstruido, empedrado y numerado, Royan quiso completar su situacion. No habia casa consistorial; pero se compró la que habia pertenecido al capitán Boisseau; se plantó sobre la cornisa un palo tricolor con una bandera; se grabó en una lápida esta espléndida inscripcion: *Hotel de Ville*; se puso en una sala el registro civil, en otra la caja, en otra el juzgado de paz y en otra la cárcel, y Royan tuvo ya casa de Ayuntamiento.

Un edificio de esta especie debe tener delante una plaza: derribóse, pues, el mercado, y sobre sus ruinas se alzó un modesto *forum*, que debia servir una vez al año para pasar revista á la guardia nacional y dos veces por semana para celebrar un mercado.

La plaza es la provocacion del paseo, pues el uno es la simetría obligada de la otra en toda ciudad bien dispuesta. El municipio poseia sobre la costa un campo plantado de estacas con cuerdas, donde las mujeres secaban la ropa, y el consejo declaró en un decreto que aquel campo seria un paseo.

Royan no podia verdaderamente hacer que sus huéspedes se paseasen á la sombra de las estacas; pero la vecindad del mar excluia toda idea de plantacion, porque el viento del Oeste, ardiente como el Simoun, quemaba completamente las

plantas. En esta extremidad, el consejo votó para su paseo cuatro hileras de tamariscos.

El tamarisco, al que en Royan, por ignorancia, llaman tamarindo, es el árbol más poético del Mediodía. Su fina cabellera de un verde claro se parece al alga flotante que pende de las rocas, y aún se diría que era un alga trasplantada á la playa desde el fondo del mar. Establece entre la vegetacion terrestre y la marítima una misteriosa armonía, y nacido en la playa, crecido en medio de las tempestades, toma bajo el perpétuo azote del viento la actitud suplicante del que sufre. Su flor pálida, bañada por un rocío amargo y salpicada de espuma, exhala apenas en el espacio una débil fragancia, que pudiera llamarse la agonia de un perfume.

No creyó el consejo municipal que, plantando tamariscos, hacia tan enorme gasto de poesía; pero, de todos modos, la poesía debe agradecerle su ingeniosa idea.

La prefectura, reconociendo los concienzudos esfuerzos que Royan hacia para completar dignamente su evolucion, decretó la apertura de un camino para sacar de su aislamiento á la naciente ciudad, y cuando el camino estuvo terminado, una diligencia lo recorrió hasta Rochefort, volvió felizmente, y desde entonces hizo un viaje cada dos dias. El ejemplo es contagioso: otra diligencia

partió para Saintes, otra para Marennes, y despues de un aislamiento que habia durado siglos, Royan estuvo definitivamente en comunicacion con el departamento entero, y por él con los demás departamentos de Francia.

## X.

Las antiguas industrias adquirieron progresivamente más importancia. Las tabernas retiraron sus manteles manchados de vino y su servicio de barro, compraron vajilla de porcelana y tomaron el nombre de restaurants. Las posadas quitaron sus muestras de tela pintada, que representaban la torre de Cordouan ó la torre de Croisie, se titularon hoteles, pusieron en sus ventanas cortinas de percal encarnado con franjas de bellotas, y cubrieron sus paredes, hasta entonces blanqueadas, con papeles historiados que representaban las aventuras de Don Quijote ó el paso del puente de Arcole.

Una pobre vieja tenia un borriquillo para traer sardinas de Riberon. Algunas veces alquiló el asno á los bañistas; pero el animal no bastaba para tantos parroquianos, y tuvo que comprar un

caballo. El caballo amaba á la sociedad, y exigió muy pronto un compañero, y como el par hace dos, la buena vieja llegó á poner sobre su puerta este letrero: *Caballos de alquiler*. Su marido siguió su ejemplo: compró el inútil carruaje de Metereau, que retirado de la medicina ambulante vivía en una quinta con la reina de Saba; asoció á este glorioso resto de las glorias errantes un carricoche con bancos colgados, y añadió esta inscripción al anuncio de su mujer: *Se alquilan carruajes*.

El artillero de marina que hacia años ejercía pacientemente el oficio de armero, quitó la plancha de hierro de su hogar, la empotró en la pared de su jardín, puso delante la imágen de un granadero, de perfil y con la pipa en la boca, levantó un tabique á cada lado del paseo, compró un par de pistolas de bala forzada, y puso sobre su puerta este anuncio: *Tiro de pistola*. Desde aquel día Royan, que hasta entonces habia practicado la doctrina de no gastar pólvora en salvas, vió á la flor de la juventud, embriagada por el ardor de los combates, romper valientemente las pipas colocadas en los bigotes del granadero.

El café traspasó á la taberna de un pueblo vecino su mesa de billar con troneras cerradas con red, y el mismo cafetero fué á comprar á Burdeos otra mesa adornada en sus cuatro ángulos con ca-

bezas de bronce, cuya boca se abría y se cerraba por sí misma tocando un aire de *La Caravana*. Sustituyó el taco seco con tacos de suela, se suscribió á un periódico de París, y coronó todos estos progresos con otro más importante todavía: compró un mostrador, y una jóven, sentada entre dos canastillos de ciruelas y cerezas, presidió por vez primera, en todo el esplendor de su belleza, las partidas de billar.

Todos los comercios modestamente reunidos en la tienda de comestibles rompieron su antigua fraternidad para entrar en el goce de su independencia. Los anises, los caramelos y las pastillas se fueron por un lado para formar una confitería; las bayetas, los percales y otras telas emigraron en masa para buscar refugio en la tienda de géneros; la mercería siguió el mismo sistema de aislamiento; los zuecos y las zapatillas de orillo retrocedieron ante la invasion de los zapatos; el tendero de comestibles fué francamente tendero de comestibles; en lugar de la eterna azúcar morena que durante mucho tiempo sirvió para endulzar el café, Royan adoptó poco á poco el azúcar refinada, y en fin, la bujía esteárica, que era para nuestros padres una novedad escandalosa, arrojó una noche, durante el reinado de Luis Felipe, su primera claridad en el espacio.

La escuela del mulato subió un grado en la

gerarquía de la ciencia, y vino á ser escuela preparatoria de náutica y pilotaje, con clases de matemáticas, inglés, dibujo y latin hasta el cuarto año. La sucesion del viejo Bellamy, que murió de vejez con la palmeta en la mano, pero que durante su vida instruía indiferentemente á católicos y á protestantes, á niñas y niños, fué dividida, en virtud de la nueva ley de instruccion primaria, entre dos maestros y dos maestras, un maestro y una maestra para cada comunión.

Una reducida capilla habia sido hasta entonces suficiente para los royaneses católicos; pero cuando una nueva ola de poblacion afluyó á Royan, el cura hizo construir una iglesia á la altura de los nuevos destinos de su parroquia, suspendiendo sobre la fachada principal una campana de buen calibre que hiciese oír á lo lejos el toque de *Angelus*. Viendo subir los muros de la capilla, el protestantismo se sintió dominado por los celos. Derribó la vieja granja que habia dado abrigo á sus plegarias durante dos siglos de persecucion, aquella granja que debia ser para él dos veces sagrada, edificando sobre sus ruinas una especie de templo griego, y para rivalizar con la campana que resonaba por mañana y tarde, Calvino hizo colocar un magnífico órgano en su nuevo santuario.

Las costumbres antiguas cayeron con las casas

viejas. El leviton de la aristocracia aldeana, que llegaba á los talones, subió poco á poco para ser redingote, convirtiéndose luego en levita; el sombrero de hule cedió el puesto al de castor en el invierno y al de paja en el verano; los zuecos desaparecieron de los pies de las mujeres, entrando en el dominio de la historia, y mi viejo maestro africano se llevó á la sepultura el último calzon corto y los últimos zapatos de hebilla.

El mundo estaba renovado. La antigua capa de la madre de familia cedió sus treinta siglos de gloria al prosáico tartan; la alta cófia del país, aquella catedral de muselina que elevaba á un metro sobre la cabeza su fantástica construccion, se sostuvo todavia algunos años, medio desgarrada por el soplo revolucionario; pero hoy no existe ya, y la royanesa adopta para su tocado el revoltoso madrás y la marmota del Mediodía. La marmota tiene, como el sombrero ladeado, cierto aire provocativo que parece desafiar la mirada. Así es que el viento, que en los pueblos pequeños habla mucho, cuenta que el pañuelo de madrás, atado sobre la oreja, ha hecho que los pies de las jóvenes resbalen más fácilmente. Todo puede ser; pero hasta que tengamos pruebas, esto nos parece una calumnia.

## XI.

El génio de la trasformacion, que se mecía sobre Royan y trazaba continuamente con su dedo la línea invisible de la ciudad futura, no se limitó á elevar en dignidad las antiguas profesiones, sino que trajo nuevas industrias.

La pastelería corrió á ofrecer sus servicios á aquella civilizacion que iba desarrollándose. El primer pastelero, un suizo de las cercanías, sabia únicamente hacer bollos, bartolillos y bizcochos, y con esta ciencia tuvo éxito durante quince años; pero al cabo de este tiempo llegó de París un jóven discípulo de Félix, que sabia hacer hojaldres é introdujo en el país esta nueva pasta. Royan tocaba al fin el término del progreso: tenia un postre.

Un farmacéutico, armado de su diploma, pensó que podria reemplazar ventajosamente las cortezas y yerbas medicinales con la triaca y la quinina; alquiló un piso bajo, pintó sobre la puerta una serpiente arrollada á un cadúceo; puso detrás de la vidriera dos globos de cristal llenos de tinctura de tornasol, y vendió la salud á los enfermos con arreglo á receta.

Cuando la modista vió que prosperaba el boticario, creyó que habia llegado su tiempo, y un dia desembarcó de incógnito en Royan, montando un establecimiento perfectamente provisto de cintas, adornos, sombreros, gorras, guantes y pañuelos de batista. Era graciosa y amable como la fortuna cuando empieza, vendia sus géneros muy caros, pero acompañándolos con una sonrisa llena de encanto, y tuvo la dicha de atraer al círculo de su clientela á un viejo usurero excesivamente devoto, que en sus últimos dias se vió dominado por la manía de gastar guantes de cabritilla. La modista prosperó.

De la tienda de modas al gabinete de lectura no hay más que un paso en la esfera del progreso. La una es el lujo del cuerpo, el otro es el lujo del espíritu. Lamartine, Hugo, Eugenio Sué, Balzac y Jorge Sand fueron á inspirar profundas simpatías en una poblacion apenas salida de las tinieblas, y más de una vez sus libros, abiertos sobre las rodillas de una jóven, al pié de un árbol, recogieron el tibio aliento, entrecortado de suspiros, de una boca trémula de emocion. En otro tiempo las jóvenes sabian, todo lo más, formular un contrato; despues, gracias á las novelas, supieron amar.

El cuchillero, el relojero, el bisutero, el quincallero, el platero, el pintor de ornato, el archi-

tecto, el tornero y el ebanista vinieron sucesivamente á cerrar el desfile de esas industrias impacientes, siempre en marcha hácia todo germen de ciudad, y al fin Royan, para colmo de su grandeza, vió aparecer un progreso imprevisto, desconocido, que podia marcar por sí solo la inagotable série de metamórfosis que aquella sociedad, completamente trasformada, habia recorrido en una sola generacion.

Un dia el viejo Fourré, encorvado por la edad é inutilizado por la parálisis, oyó salir de una ventana abierta una cascada de notas, que resonaba en su oído como el rumor de las goteras. Acercóse á la ventana y vió algunas jóvenes bailando en un salon, en tanto que una niña, sentada ante una especie de pupitre, golpeaba con los diez dedos abiertos un teclado de marfil. Parecióle esto el fin de la música y la aproximacion del juicio final; entró en su casa más triste y encorvado aún bajo el peso del dolor y de los años, y mirando melancólicamente su vieja gaita colgada del muro con la vejiga vacía y las cintas ajadas, murmuró: «Nuestro tiempo ha pasado; el mundo ha perdido el oído, y solo nos resta morir.» Y en efecto, murió algun tiempo despues. Antes de espirar, pidió que su gaita fuese enterrada con él.

El gobierno quiso hacer tambien un regalo civilizador, y dió á Royan un ingeniero de puentes

y calzadas, hombre de iniciativa y de ideas, el cual aconsejó á los royaneses, que hasta entonces no habian ofrecido á los viajeros más que su playa y su sol, que edificasen un establecimiento para ofrecerles, en caso de necesidad, bailes y conciertos.

La poblacion de Royan aprobó la idea y resolvió construir un palacio por suscripcion. Reuniéronse con mucho trabajo treinta mil francos; se compró la casa en que habia vivido veinte años el inglés, el ingeniero levantó los planos, y se construyó un bonito casino rodeado de jardines y bosquecillos, tomándolo en arriendo un empresario lleno de actividad, que abrió una nevera en la roca, hizo helados y sorbetes, dió bailes y conciertos con fuegos artificiales, espantó á las gabiotas de la costa con el ruido de sus orquestas, llamó en auxilio de sus placeres una compañía de cómicos, é instaló en Royan el vaudeville de Burdeos.

Desde aquel momento Royan no tuvo nada que envidiar á ningun otro establecimiento de baños de mar, y aun tenia sobre los demás una superioridad marcada, lo digo sin espíritu de patriotismo, por lo cómodo de la vida, la gracia apacible de su campiña, el aseo tradicional de una parte al ménos de sus habitantes, y sobre todo, por la multiplicidad de sus grutas, que permite á las damas tener, al mismo pié del establecimiento,

un baño reservado, abrigado y defendido de la indiscrecion de los paseantes.

En otro tiempo el propietario ó labrador de las tierras vecinas encontraba dificilmente salida para los productos de su establo ó de su corral; hoy su modesta produccion rural tiene un mercado décuple, y el campesino recoge en el fondo de sus campos el sobrante de la riqueza que la poblacion extraña derrama en Royan. El jornalero ó el artesano que poseia detrás de su casa un pedazo de tierra, se ha metido á jardinero, y vende á peso de oro sus fresas, sus frambuesas y sus melones; y en fin, el práctico de la costa, que recorria el litoral semanas enteras, tristemente recostado sobre la caña del timon, para sorprender un buque en el horizonte, tuvo la idea de pescar salmonetes y merluzas desde el momento en que vió que su pesca, puesta en la mesa del bañista, cubria con exceso los gastos de las redes.

De este modo, la fortuna, eminentemente contagiosa por naturaleza, ha levantado poco á poco todas las clases y todos los oficios, y creo no exajerar la verdad diciendo que la cifra de la riqueza se ha doblado, y se ha triplicado la poblacion.

Royan, en la época de la Restauracion, no tenia más que un carruaje, el furgon de la lechera holandesa; hoy tiene, por lo ménos, un centenar.

Una gota de agua caliente ha sido bastante para producir esta metamórfosis.

Un hombre estaba sentado un dia ante el fuego de la cocina, abismado en profundas reflexiones. La marmita puesta á la lumbre hervia poco á poco y exhalaba murmurando una nube de vapor. Era una olla de sábio: un cuarto de gallina y una zanahoria estaban encargados de la dificil mision de hacer el puchero.

—¿Ves ese vapor blanco?—dijo el marido á su mujer, que se ocupaba en espumar la marmita.—Le dejas marcharse por el tubo de la chimenea; y sin embargo, si un dia se supiera recogerle en cantidad suficiente, podria cambiar la faz del mundo.

Y el sábio volvió á su meditacion.

Su mujer creyó que estaba loco, y para no irritarle, le pidió una explicacion.

—Es el secreto de la marmita que hierve—respondió el sábio.

Cien años despues, en no sé que pueblo de Inglaterra, un fabricante de gorros de algodón encontró el secreto de la marmita que hierve, es decir, la primera palabra del secreto, y el vapor, obediente, levantando y abatiendo sin cesar dos grandes brazos de acero, hiló y tegió el algodón con tanta facilidad y tanta rapidez, que en ménos de un año, si le hubieran dejado, habria vestido á la humanidad entera.

Casi al mismo tiempo, otro loco, pero éste declarado loco oficialmente por el Instituto, imaginó encerrar la marmita hirviendo á bordo de un buque, para hacerle andar, como los palmípedos, contra viento y marea. La locura tuvo éxito: habia inventado el buque de vapor, y así habia reducido las distancias. Y por esta misteriosa solidaridad que une los tiempos y los pueblos, Fulton, engendrado por James Watt, engendrado tambien por Papin, habia lanzado sobre el Océano un buque que encerraba una caldera; le habia dicho: "Anda," sin saber á dónde iria, y el buque habia conquistado el mundo entero. Más tarde, encontrando en su camino un puertecillo microscópico olvidado en el mapa, lo habia trasformado inmediatamente, y una ciudad nueva habia nacido en el siglo XIX. Acabo de referir su nacimiento.

Y sin embargo, preciso es confesarlo, si el progreso tiene sus ventajas, tambien tiene sus peligros, y en el primer momento hace muchas veces el papel de tentador. Durante el largo tiempo que la aldea de Royan habia vivido en el olvido, lejos de los encantos y las redes de la refinada civilizacion de las ciudades, las jóvenes, educadas exclusivamente para el hogar doméstico, barrían la casa, cosían, hilaban y hacían media sin forjarse novelas ni lanzar suspiros á la luna. Cuando tenían edad de pensar en un marido, entre un do-

bladillo y una colada, aspiraban únicamente á un hombre de bien que pudiese mantenerlas con su trabajo, y el dia que eran su mujer creían empezar á amarle.

Pero las mujeres tienen el corazón aristócrata y gustan de la elegancia y de la poesía. Cuando vieron llegar á Royan toda la pompa y toda la seducción de París bajo la forma de un joven de lenguaje culto y vestido con irreprochable elegancia, sintieron una inclinación peligrosa hacia aquella brillante muestra de la moda, sin sospechar que el héroe de su imaginación ocultaba tal vez á un Lovelace; aprendieron á soñar despiertas, y escucharon por primera vez la voz de la serpiente. Es la eterna historia de la tentación del Paraíso, del árbol de la ciencia, que renace á cada evolución del progreso.

La primera que sucumbió á esta curiosidad del fruto prohibido merecía ciertamente un destino mejor. La he conocido en mi infancia y aún parece que la estoy viendo: tenía la blancura del armiño, y su mirada flotaba en el vacío, sin fijarse en parte alguna, como el ala de la golondrina. Aquella alma no habia sido formada indudablemente para el mundo, puesto que erraba siempre en el espacio. La última vez que la ví era en tiempo de vendimias. Hacía rodar ante sus piés las primeras hojas de otoño marchitas por la helada;

pero en vez de llevar racimos como las otras vendimiadoras, tenia en la mano una rama de madroños, fruto sin perfume, como su corazón vivía sin amor. Yo, por lo ménos, lo creía así: algun tiempo despues salí para París, y á mi vuelta supe una dolorosa historia. Hoy puedo referirla sin temor de affigir á nadie: el viento sopla sobre las yertas cenizas de la víctima, y la muerte ha devorado hasta el recuerdo de su familia.

## XII.

Hacia un momento que el capitán y el escribano paseaban á lo largo del jardín. El capitán fumaba en silencio, cuando el escribano, deteniéndole ante una platabanda é indicándole con el extremo de su baston una flor blanca sobre un arbusto con hojas de laurel, le preguntó:

—¿Cómo llamais á esa flor?

El capitán exhaló lentamente una bocanada de humo y respondió:

—Gardenia ó jazmin del Cabo.

—¿Y esa otra ligeramente inclinada como una pluma de avestruz?

—Espírea.

—¿Cómo?

—Espírea del Japon.

—Muy bien; ¿y esa florecilla violada con espigas de oro en medio de la corola?

—Efimera de Virginia.

—¡Del Cabo, del Japon, de Virginia! Visitando vuestro jardín parece que se dá la vuelta al mundo. Sin embargo, nuestros girasoles y tulipanes tienen tanto mérito como estas flores extranjeras, obligadas á estar presas durante una parte del año.

—Tal vez,—replicó el capitán,—pero esas flores me recuerdan las comarcas en que he pasado mi juventud.

—Es que, por casualidad..... Pero, perdonad,—añadió reparando en el rostro impassible del marino;—iba á cometer una indiscrecion.

—Podeis hablar.

—¿Tambien en ese tiempo érais aficionado á cuidar flores?

Una ligera sonrisa plegó los labios del capitán, que respondió:

—Sí, á cañonazos.

El escribano retrocedió un paso.

—Teníais un oficio peligroso,—dijo.

—Para los ingleses especialmente.

—Sin duda, y para vos tambien; porque si los batíais, tambien ellos podian batiros.